

La historia local de «género» a «circunstancia»

PEDRO RÚJULA
(Universidad de Zaragoza)

Parece una opinión muy extendida que la historia local atraviesa un gran momento, y lo viene a confirmar la celebración de congresos y seminarios –tanto este que emprende su segunda edición cuanto otros que le han precedido, como el Congreso internacional de Historia local de Cataluña o los seminarios sobre historia local y regional celebrados en la Universidad del País Vasco¹ y el número de publicaciones que ven la luz cada año en este ámbito.

Sin embargo, la práctica de la historia local, en sí misma, está muy lejos de ser una novedad. Durante un largo período de tiempo por historia local se entendía, fundamentalmente, «historias locales», es decir, un tipo de producción muy acomodada a una fórmula que se venía ejercitando desde la segunda mitad del siglo XIX, con una localidad como eje y que solía abarcar toda la historia de la comunidad, desde las primeras noticias sobre poblamiento hasta unas décadas atrás de su fecha de redacción. Ignacio Peiró ha acuñado para referirse a ella con mayor precisión el concepto de «historias municipales»², que se adecua con mayor exactitud al contenido y disuelve la confusión con el otro más amplio de «historia local» que se generaliza a partir de los años 70.³ Por estas fechas comienzan a producirse importantes cambios en la historiografía española. La progresiva importancia que alcanza la historia social –y, por ende, la historia económica– y el contacto con nuevas áreas de conocimiento operaron un cambio en la histo-

1 Sus propuestas y discusiones han visto la luz en forma de numerosas publicaciones. P. Rújula e I. Peiró (coords.), *La historia local en la España contemporánea. Estudios y reflexiones desde Aragón*, Barcelona, L'Avenç, 1999; la serie *European Local and Regional Comparative History Series*, coordinada por J. Agirreazkuenaga y M. Urquijo y editada en Bilbao entre 1991 y 1994 por el Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco; *Perspectives on English Local History*; *Storia locale e microstoria: due visioni in confronto*, *Regionalgeschichte und Nationalgeschichte: Das Schweizer Modell y Perspectivas de la historia local en Catalunya*; *III Congrés internacional d'Història Local de Catalunya. Funcionament de les finances locals al llarg de la història*, Barcelona, L'Avenç, 1996; *L'espai viscut. Col·loqui internacional d'Història Local*, València, Diputació de València, 1989.

2 I. Peiró, «El mundo es mi provincia: la mirada local en las historias municipales del Bajo Aragón del siglo XX», en P. Rújula (coord.), *Entre el orden de los propietarios y los sueños de rebeldía. El Bajo Aragón y el Maestrazgo en el siglo XX*, Zaragoza, GEMA, 1997, pp. 165-184.

3 E. Hernández Sandóica, *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, Síntesis, 1995, p. 94. Un proceso que remite a un proceso general, como señalan J. M. Bizière y P. Vaissière: «Au cours des années 1970, l'histoire elle-même s'atomisait en autant de méthodes, de procédures, de "territoires" et de "chantiers", qui tendaient à infirmer l'idéal braudélien d'une histoire totale», *Histoire et historiens. Antiquité, Moyen Âge, France Moderne et Contemporaine*, París, Hachette, 1995, p. 213. En la misma dirección véase G. Bourdè y H. Martin, *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal, 1992, pp. 164-167 y 179-180.

riografía académica. El abanico de ámbitos que son de interés del historiador se multiplica; cada vez más cosas son consideradas objeto de su estudio. Aproximarse a ellos ya no puede ser una operación que se lleve a cabo desde grandes ámbitos sin quedarse en generalidades. Por ello se incrementan rápidamente los estudios empíricos sobre objetos que apenas habían motivado interés hasta el momento y, por lo tanto, casi estaban sin explotar; en contrapartida, los trabajos se van focalizando cada vez más en una perspectiva local o, en algunas ocasiones, regional. La historia local es el medio, el instrumento, que hacía posible llevar a cabo las investigaciones.

En este trayecto la historia local ha transformado sustancialmente su naturaleza, ha dejado de ser algo parecido a un «género» historiográfico menor para pasar a ser simplemente una «circunstancia» ligada a la investigación histórica. En la actualidad afirmar que una investigación se desarrolla dentro de los parámetros de la historia local es casi como no decir nada sobre ella, apenas señalar que el ámbito de trabajo se encuentra definido por debajo de aquel otro, más generalizador y globalizador, que es el nacional. Dentro podemos encontrar, y sólo utilizando denominaciones clásicas, obras de historia política, de historia social, de historia económica, de historia cultural..., de modo que afirmando que se trata de una investigación de historia local no se explica nada sobre los fundamentos que sustentan la investigación. Si dentro de la denominación de historia local caben tantas cosas y tan dispares, clasificar una obra como historia local es parecido a no decir nada sobre ella. Y es que definir un tipo de historia por el marco en el que se desarrolla el trabajo empírico es una forma muy leve de establecer una norma de clasificación.

En la historia local que viene realizándose de dos décadas a esta parte hay otros elementos que son mucho más determinantes sobre la concepción del trabajo histórico que la propia elección del marco. Existen, y es preciso señalarlas, profundas diferencias entre toda la producción que no radican en su condición de historia local, unas diferencias que sí son fundamentales a la hora de diferenciar unas investigaciones de otras. Señalo, a modo de pinceladas, algunas de ellas:

a) La elección de las «categorías» en torno a las que se establece el análisis y la comprensión del pasado (capital, burguesía, modernización, cultura popular, cultura del trabajo...)⁴

b) Los «problemas» que formulan, abordan y tratan de ser desentrañados en el transcurso de la investigación. La magnitud de los problemas no está en función del marco elegido, sino en la entidad de la interpretación que se intenta. Braudel: «Lo que importa no es el marco geográfico, es el problema».

c) El marco de interpretación en el que se inserta. Ese marco proporciona sentido a la investigación, contextualiza el estudio y lo aleja del riesgo de considerar el objeto de la in-

⁴ E. Hernández Sandoica señala cómo en ciertos contextos historiográficos académicos españoles se ha desarrollado una historia local de neta inspiración social «concebida sobre la base de un objetivo temático unitario y central: el análisis de la denominada *cultura popular*. *Los caminos de la historia...*, cit., p. 146.

vestigación único y aislado. Y al mismo tiempo se nutre y enriquece con cada nuevo trabajo en un intercambio que, para resultar fructífero, tiene que ser de doble dirección.⁵

Dicho esto, la realidad es que, de un tiempo a esta parte, la práctica de la historia viene privilegiando los estudios que remiten a espacios restringidos. Hace tiempo que los historiadores, conscientes de esta realidad, han ido señalando algunas de las implicaciones que se derivan de este proceso. Lawrence Stone, en 1976, señalaba ya las virtudes metodológicas de la historia local, que a través del trabajo en «un marco geográfico controlable» permitía «esclarecer problemas más amplios con respecto a las transformaciones históricas».⁶ Aunque, unos años más tarde, en su célebre artículo «El retorno a la narrativa», no dejaba de acompañar este mismo argumento de su contrario, es decir, que al mismo tiempo la historia local es también una fórmula que permite renunciar a una explicación general y aplicarse de forma descontextualizada a la «narración del discurso de una única célula».⁷

Poco tiempo después Jürgen Kocka, tratando de penetrar las razones por las que se había producido un proceso de ampliación de los intereses y de explosión de los temas que tanto había favorecido a la historia local, señalaba la atención creciente que habían recibido los campos situados entre la economía y la política, descuidados durante largo tiempo, en los que se ha desarrollado gran parte de la vida de muchos hombres. Asimismo incidía en el efecto producido por el ablandamiento de los paradigmas anteriores y en el debilitamiento de las «escuelas» que habían provocado relajación en los controles intraprofesionales sobre lo que debía ser investigado y lo que no. Además señalaba el efecto que había tenido la concesión de importantes becas por parte de las instituciones científicas actuales primando la originalidad per se. Y, finalmente, hacía referencia a cómo el abaratamiento de los costes había facilitado el acceso a los recursos de publicación por parte de un número mayor de autores.⁸

No ha pasado desapercibida la posición que la historia local ha adoptado en medio de la extensión de la crítica posmoderna y de la desestructuración de las grandes explicaciones, ya que la dimensión de su enfoque le permite una toma de distancia respecto a formulaciones generales. Ésta es una cuestión central abordada por la microhistoria que, a finales de los años sesenta, «se formula a partir de la crítica a una historia serial que parece agotada y que, además, ha impuesto en ocasiones lecturas unilaterales e, incluso, teleológicas».⁹ En la práctica ha debido abordar problemas fundamentales ligados

5 J. Kocka ha denunciado «una cierta impresión de arbitrariedad» que se produce cuando se renuncia a la incorporación del objeto investigado en el planteamiento de problemas mayores, en *Historia social. Concepto. Desarrollo. Problemas*, Barcelona, Alfa, 1989, p. 133.

6 A continuación señalaba como ejemplos más afortunados las obras de Pierre Goubert y Emmanuel Le Roy Ladurie, Pierre Deyon, Martine Segalen o Gérard Bouchard. La versión española de este texto, que en inglés era un capítulo de un libro colectivo, es «La historia y las ciencias sociales en el siglo XX», en L. Stone, *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986, p. 42.

7 *Ibidem*, p. 118.

8 J. Kocka, *Historia social...*, cit., pp. 132-133.

9 J. Serna y A. Pons, «El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», *Ayer*, 12 (1993), monográfico coordinado por P. Ruiz Torres, *La historiografía*, pp. 117 y 118.

a la modalidad de enfoque propuesto, como es la manera de resolver la contraposición entre conocimiento individualizante y generalizador.¹⁰ Es la cuestión, parafraseando a Juan José Carreras, de que lo pequeño puede ser hermoso pero no tiene que ser necesariamente significativo.¹¹ Pero la actitud más extendida ante ella es considerar la microhistoria como una vía de superación de las limitaciones que había manifestado la historia social al buscar explicaciones excesivamente homogeneizadoras.¹² E incluso hay posiciones, como la de Georg G. Iggers, que, tras reconocer las virtudes de la historia regional como puerta para la penetración de corrientes renovadoras de la historia social, defienden que los «trabajos de muchos historiadores de la vida cotidiana y microhistoriadores [...] significan un complemento y no un rechazo a los métodos sociocientíficos practicados por la ciencia social histórica».¹³

Para el caso español la historia local cuenta con algunas peculiaridades ligadas a las características de la historia reciente. El contexto político-social de la transición favoreció el redescubrimiento del pasado. Pero la atención se dirigió de manera preferente hacia el pasado más próximo, y esto no solo en el tiempo sino también en el espacio. En el entorno más inmediato se halló una parte sustancial de la historia silenciada y su recuperación cumplió, con frecuencia, el doble objetivo de comenzar a conocer lo oculto y de hacerlo mediante el estudio de aspectos diferenciadores de otras comunidades. La democratización de la vida pública española también tuvo consecuencias en la actitud del poder respecto a los archivos, que comenzaron a ser considerados seriamente como un patrimonio colectivo a disposición de todos los ciudadanos, lo que facilitó, no sólo el acceso a los fondos sino la asignación presupuestaria que permitiese ir poniéndolos en condiciones de ser consultados por los investigadores. Y no fue menos importante la llegada de la democracia a la universidad, con su estela de nuevos historiadores que salieron hacia los archivos a realizar sus primeros trabajos. Como etapa inicial en el aprendizaje o por condicionantes económicos difíciles de superar, los archivos locales ofrecieron un campo privilegiado para la práctica de muchas promociones de licenciados que salían de la facultad.¹⁴

Mientras este proceso tenía lugar la historia local ha ido, progresivamente, entrando en contacto con la producción histórica surgida de la universidad.¹⁵ En ocasiones porque eran investigadores salidos de sus aulas los que realizaban estos trabajos. En otros

10 G. Levi, «Sobre microhistoria», en P. Burke (ed.), *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, p. 140.

11 J. J. Carreras, «La regionalización de la historiografía: *histoire regionale*, *Ladesgeschichte* e historia regional», en *Encuentro sobre historia contemporánea de las tierras turolenses*, Tuel, IET, 1986, p. 21.

12 J. Revel, «L'histoire au ras deu sol», en Giovanni Levi, *Le pouvoir au village. Histoire dun exorciste dans le Piémont du XVIIe siècle*, París, Gallimard, 1989.

13 G. G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Idea Books, 1998, pp. 93-94.

14 Algunos de estos temas ya señalados por P. Anguera, «Introducción a la historia local catalana», en P. Rújula e I. Peiró (coords.), *La historia local...*, cit., pp. 11-13.

15 Véanse las referencias sobre historia local y universidad hechas por J. Mestre, «La historia local en Catalunya: antecedentes y situación actual», en J. Agirreazkuenaga y M. Urquijo (ed.), *Perspectivas de la historia local...*, cit., pp. 22-23.

casos, porque la propia potencia de la demanda ha conseguido atraer hacia el campo de la historia local a miembros de la comunidad universitaria, movidos por la ambición de los proyectos que en este ámbito se realizan, o por la garantía que tienen este tipo de productos culturales de alcanzar una amplia difusión y una segura publicación. El resultado es que la historia local ha encontrado acomodo en la historiografía académica. Esto ha supuesto cierta homogeneidad entre los planteamientos que dominan en la historia «nacional» y la historia «local», de ahí que cada vez la diferencia de marco no sea menos definitoria del tipo de historia que se realiza.

Para mostrar algunas de las características hasta aquí apuntadas puede ser útil la aproximación sobre un marco historiográfico concreto, en este caso el aragonés. A través de ella, y mediante una mirada a la producción histórica de las dos últimas décadas, podemos señalar algunas tendencias ligadas a este florecimiento de los estudios de historia local. Dos son los aspectos que merece la pena destacar: la posición de la investigación académica respecto a los estudios de historia local y regional y el momento por el que atraviesan las historias municipales.

Respecto al primero de los aspectos señalados, es un hecho difícilmente discutible que algunas de las contribuciones más importantes en historia contemporánea realizadas en Aragón en los últimos 25 años surgen de estudios empíricos que han acotado el marco de estudio como vía necesaria para circunscribir el problema y los límites de la investigación. Sería poco clarificador tratar de dar una visión exhaustiva, que además ya ha sido presentada en otro lugar,¹⁶ por lo que he preferido mostrar algunos ejemplos significativos de distintas formas en las que se ha desarrollado la investigación en la historia local:

a) En el campo de la historia política es de señalar *Liberalismo y republicanismismo en el Alto Aragón. Procesos electorales y comportamientos políticos, 1875-1898*,¹⁷ de Carmen Frías. En él se abordaba el estudio de las relaciones de poder político y económico, confrontando el comportamiento electoral con la estructura de la propiedad de la tierra y las características y problemáticas de la sociedad oscense. Dado el volumen de información que debía manejar la autora y la complejidad de las relaciones cualitativas estudiadas el ámbito de una provincia, la de Huesca, se adecuaba convenientemente al trabajo.

b) En historia económica podemos fijar nuestra atención en un trabajo de historia agraria, *Viñedo y vino en el Campo de Cariñena: los protagonistas de las transformaciones (1860-1930)*, de Alberto Sabio.¹⁸ Esta investigación es una buena muestra de cómo trabajos con importantes dosis de empirismo deben circunscribirse a un área, convenientemente elegida en función de sus características, para poder progresar. En este caso el Campo de Cariñena, donde estudiar el proceso de especialización vitícola, la propie-

16 Véanse los estados de la cuestión publicados en P. Rújula e I. Peiró (coords.), *La historia local...*, cit., pp. 101-195.

17 Huesca, Ayuntamiento, 1992.

18 Daroca, Centro de Estudios Darocenses, 1995.

dad de la tierra en tránsito a una agricultura capitalista y las relaciones sociales del mundo agrario.

c) Dentro de los estudios de historia social podemos señalar las investigaciones llevadas a cabo sobre represión, en este caso, la practicada en el bando sublevado que recoge *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, coordinado por Julián Casanova.¹⁹ Tenemos aquí un ejemplo de cómo la metodología determina el marco en el que se desarrolla la investigación y también la demostración de que la fórmula para superar estas limitaciones consiste en la formación de un equipo de investigadores que, coordinados, amplíen en lo posible el volumen de información estudiado.

d) Un ejemplo tomado del campo de la historia de la cultura es de la investigación llevada a cabo por Ignacio Peiró en dos artículos sobre los historiadores bajoaragoneses: «El cultivo de la historia: las primeras historias municipales del Bajo Aragón»²⁰ y «El mundo es mi provincia: la mirada local en las historias municipales del Bajo Aragón del siglo XX».²¹ El Bajo Aragón ha sido un territorio con gran tradición en el campo de las historias municipales y el universo de obras para estudiar es muy considerable. A partir de su análisis ha sido posible establecer las etapas en las que se desarrolló la historiografía local en esta zona, seguir el impacto de la profesionalización y reconstruir el mundo intelectual en torno al que surgieron las obras. Las tesis y conclusiones avanzadas en estos dos artículos comienzan a ser contrastadas en otros lugares, dentro y fuera de Aragón, al tiempo que se inician nuevas investigaciones siguiendo estas pautas.

e) Para concluir merece ser tomada en consideración la experiencia de los estudios colectivos realizados sobre el Bajo Aragón durante los siglos XIX y XX.²² Partiendo de historiadores expertos en distintos temas se propuso que aplicaran los conocimientos y las categorías que les eran familiares en su área de investigación a un espacio concreto como era el Bajo Aragón. Si hubieran sido historiadores locales, en cuanto conocedores de un reducido marco geográfico, la empresa hubiera resultado imposible. En cuanto expertos en otro tipo de territorios, sus respectivos territorios historiográficos, apenas resultaba un problema de ponerse a la labor: conocían los marcos de interpretación, las categorías, la tipología documental y estaban en condiciones de realizar incluso ejercicios de comparación. El resultado fue que el Bajo Aragón es actualmente uno de los espacios aragoneses que mejor conocemos en su Época Contemporánea.

Respecto al segundo de los aspectos planteados, el momento por el que atraviesan las historias municipales, de lo dicho hasta aquí resulta evidente que, en la actualidad, sólo suponen una parte de la producción en el ámbito de la historia local. Como género historiográfico fue cayendo tras la profesionalización de la historia en manos de historiadores no profesionales procedentes del entorno de los oficios liberales –abogados, farmacéuticos, médicos...– o de los eclesiásticos, cuyo papel destacó durante el fran-

19 Madrid, Siglo XXI, 1992.

20 En *Al-Qannis*, 5 (1995), pp. 154-162.

21 En P. Rújula (coord.), *Entre el orden de los propietarios...*, cit., pp. 165-184.

22 Se trata de las dos obras consignadas en las citas precedentes.

quismo cuando añadieron al componente pastoral que en sus manos tenía el ejercicio de la historia un componente político de defensa del régimen.²³ Pese a ello, en la producción más reciente merecen ser señaladas algunas tendencias:

a) La multiplicación de las historias municipales. En apenas unas semanas previas a la celebración de este Congreso han llegado a mis manos tres de estos trabajos ya editados, correspondientes a Ariño,²⁴ Alloza²⁵ y Valdeatorfa.²⁶ Siendo todas ellas de factura muy distinta, su mera presencia constituye buena muestra de una actividad incesante.

b) Cada vez es más frecuente que los encargos o los concursos públicos sean adjudicados a historiadores procedentes de los círculos académicos. Los ejemplos pueden iniciarse por la modélica *Historia de Huesca*, pasando por las de Samper de Calanda y Alcorisa, y terminar en la propia *Historia de Zaragoza*, lo que ha tenido como consecuencia enfrentar a los historiadores universitarios con la problemática concreta de las historias municipales al tiempo que se ha aportado a este tipo de obras todo un utillaje conceptual y metodológico que sus autores están habituados a manejar.²⁷

c) Lo que podríamos denominar la gran paradoja de las historias municipales, o sea, la curiosa relación que la historia local tiene con el mercado. Las historias municipales están surgiendo, cada vez en mayor número, impulsadas por las instituciones locales y su mercado lector se encuentra en el mismo ámbito local en el que se origina la iniciativa. De ese modo no sorprenderá que en una pequeña localidad el número de ejemplares vendidos alcance o supere el número de habitantes, con frecuencia cifras superiores a las que conseguirán muchos de los estudios universitarios publicados. Sin embargo, y pese a estas cifras, la difusión obtenida por estas historias municipales, salvo excepciones, no suele llegar mucho más allá del término que administra el ayuntamiento que encargó el estudio. De ahí la paradoja, considerables cifras de venta y muy escasa difusión de estos estudios que resultará difícil encontrar en las bibliotecas.

d) El punto anterior orienta la atención hacia el papel que corresponde desempeñar a los centros de estudios locales. Su actividad trata de ser la de unos organismos que regulan la actividad investigadora en una comarca o circunscripción, pero su estructura es más la de reinos de taifas. Sin contar con la coordinación de sus actividades el apoyo no suele ir más allá de subvencionar publicaciones y algunas actividades. Esta circuns-

23 Véase, a título de ejemplo, la *Historia de Daroca*, del escolapio J. Beltrán, Zaragoza, Talleres Ed. Heraldo de Aragón, 1954, recientemente (1998) reeditada por el Centro de Estudios Darocenses.

24 P. Alcaine Burillo, *Ariño y su carbón. Relato de un tiempo*, Zaragoza, e. a., 1998.

25 D. Gracia Armisén, *Alloza en la Edad Moderna*, Alloza, Ayuntamiento – IET, 1999, prólogo de Eloy Fernández Clemente.

26 J. Guarc Pérez, *Valdeatorfa en la historia (de los inicios al siglo XVIII)*, Zaragoza, DGA, 1999.

27 C. Laliena Corbera (coord.), *Huesca. Historia de una ciudad*, Huesca, Ayuntamiento, 1990 (2ª), donde pueden hallarse las firmas de Alberto Gil Novales, Carmen Frias Corredor o Alberto Sabio Alcutén; A. Sabio Alcutén, *A las puertas de la memoria. La historia local en Samper de Calanda (1850-1970)*, Samper de Calanda, Ayuntamiento – IET, 1997; P. Rújula, *Alcorisa. El mundo contemporáneo en el Aragón rural*, Alcorisa, Ayuntamiento, 1999; *Historia de Zaragoza*, Zaragoza, Ayuntamiento – CAI, 1999, cuyos capítulos de Historia Contemporánea se deben a la pluma de Carlos Forcadell y Eloy Fernández Clemente.

tancia no presupone un juicio sobre la calidad de su trabajo. Además los centros de estudios deben afrontar por su cuenta los problemas de distribución de las publicaciones, que a veces no pueden adquirirse ni siquiera en la institución matriz.

La conclusión de esta mirada sobre la historia local proyectada sobre algunos ejemplos de la historiografía aragonesa tiene que ser, necesariamente, abierta. No se ha pretendido tratar todos los temas ni tampoco hacerlo en profundidad con los que han sido objeto de atención. El propósito de estas líneas ha sido otro muy distinto: reflexionar sobre el papel central que la historiografía local ha tenido en el desarrollo de la historiografía española en las últimas tres décadas y señalar que los debates que afectan a su desarrollo no son diferentes de los que se encuentran en el centro del debate en el ámbito de la historia nacional.